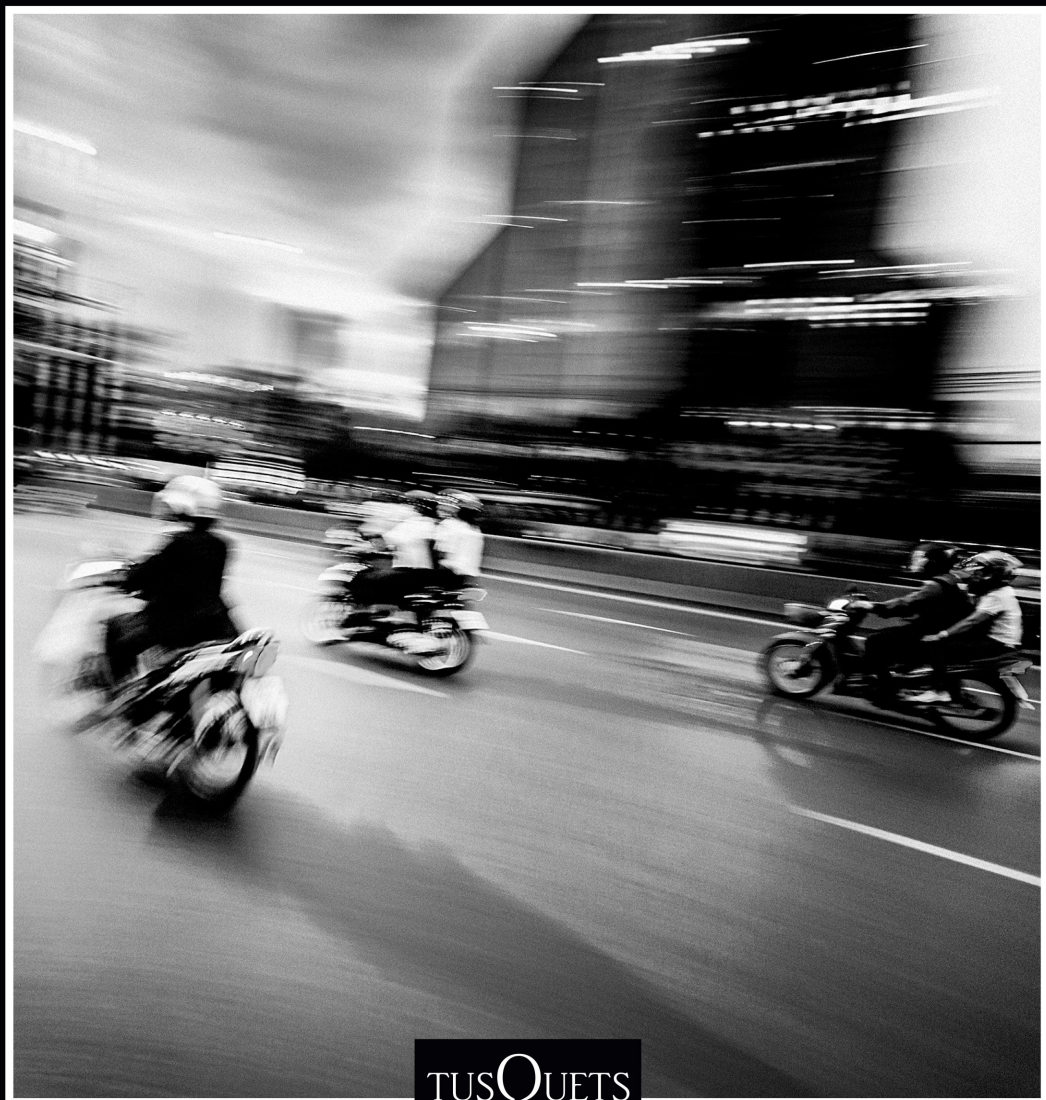


Javier Sinay

# SANGRE JOVEN

Matar y morir antes de la adultez

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

JAVIER SINAY  
SANGRE JOVEN  
Matar y morir antes de la adultez

Este libro  
(y algunos homicidios)

La línea roja que separa lo habitual de lo atroz es muy delgada. Y no es extraño que se rompa: cuando lo habitual da paso a lo atroz, las cosas pueden dejarnos sin palabras. Así ocurre en los crímenes de los jóvenes. En una de las historias de este libro, un alumno participa de la ceremonia de la bandera en el patio de la escuela, como cada mañana, y unos minutos después saca una pistola y la descarga sobre sus compañeros. En otra historia, un adolescente se va de su casa un sábado al mediodía pidiendo que le dejen unas milanesas para comer al regreso, y un rato más tarde es apuñalado varias veces. Estos episodios parecen imposibles. Pero de alguna manera hay que hacer sentido para tratar de entender qué pasó y para intuir cuán honda es la dimensión juvenil. Esos fueron los desafíos de *Sangre joven* cuando apareció por primera vez hace algo más de diez años. Y esos desafíos ahora se repiten.

En esta nueva edición agregué dos capítulos. “Rápido. Furioso. Muerto. El desenlace de Axel Lucero” es una crónica sobre un chico de 16 años criado en el seno de una familia trabajadora de La Plata, que al hacer nuevos amigos probó el vértigo de lo prohibido y, una tarde de verano, intentó robar una Honda Twister sin darse cuenta del peligro

que lo esperaba. El capítulo es también un retrato de la fascinación por la velocidad y las motos más allá de la legalidad. Y plantea un debate sobre el uso de armas de fuego de parte de los policías en sus días fuera de servicio. Esta historia apareció por primera vez en la revista *Rolling Stone* (edición argentina, número 197, agosto de 2014) y obtuvo el Premio Gabriel García Márquez de Periodismo de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (antes FNPI) en la categoría Texto, en 2015.

El otro capítulo es “Sangre de amor correspondido. Una redención criminal”, la historia de Marilyn Bernasconi, hoy una chica trans, quien recibió una condena por matar a su madre y a su hermano. Marilyn me contó cuánto la hostigaban ellos por su orientación sexual, y cómo una mañana, en la casa rural en la que vivía con su familia, la línea que separa lo habitual de lo atroz desapareció con los disparos de una carabina calibre .22. Este texto se publicó originalmente en *Rolling Stone* (edición argentina, número 155, febrero de 2011). Cuando fui a hacer la entrevista al pabellón de Diversidad Sexual y de Género de la cárcel de Florencio Varela donde purgaba su condena, Marilyn estaba en los albores de su transición, aún hablaba de sí misma en masculino y se veía a sí como un varón gay.

Esta nueva edición de *Sangre joven* incluye algunas reescrituras y correcciones en los capítulos originales. En diez años muchas cosas cambiaron; se nota especialmente en la conciencia actual sobre la violencia de género y sus crímenes. El uso de la palabra “femicidio” no era tan común antes. La perspectiva de género era menos masiva, y algunas de las crónicas que siguen a continuación no contienen to-

dos los términos que usaríamos si hubieran sido escritas hoy por primera vez, pero deben ser leídas con plena conciencia de que narran casos de violencia de género.

*Sangre joven* –que en 2010 ganó el Premio Rodolfo Walsh a la mejor obra de no ficción en la Semana Negra de Gijón (España)– vuelve porque los crímenes son actos que reflejan el mundo. Lo hicieron ayer, lo hacen hoy, lo harán mañana. Por lo tanto, narrarlos es una manera de ver a una generación: de contar el amor, el odio, la desigualdad, la rebeldía, la (in)justicia, el coraje, la locura y la codicia. ¿Palabras grandes? Un homicidio expone a la persona que lo ejecuta y a quien lo sufre, pero también a la sociedad que lo engendra.

Con la aridez de una noticia sombría —o alguna vez también con la urgencia de un título catástrofe—, los crímenes que siguen a continuación han aparecido en los medios y conmovido a la sociedad, en mayor o menor medida. No es para menos: en estas historias hay jóvenes que matan y jóvenes que mueren.

Los acontecimientos fueron publicados en la sección de policiales, donde muchas veces pasaron a ser una noticia más. Pero para mí no lo fueron durante el tiempo que investigué estas historias en las que el homicidio resultó un caso extremo, el peor de los desenlaces de una situación que aparentaba ser normal. Porque en muchas de estas crónicas el asesinato no ha sido planeado, sino que se dio como un estallido espontáneo que quebraba una rutina (que podía ser apacible o no, pero que era rutina al fin). Así, el homicidio servía como puerta de entrada a los universos que me interesaba descubrir y que aún existían en esos testigos que me contaban los hechos y que recordaban a sus amigos, pibes de entre 15 y 26 años cuyos ámbitos juveniles encerraban una trama policial que conducía a la vida cotidiana de una generación.

En mi narración no intenté revelar por qué alguien que muchas veces no tiene permiso para tomar alcohol ni para

votar elige matar, ni tampoco indagué en las estadísticas criminales de los adultos jóvenes y los menores; lo que perseguí, en cambio, fueron las claves para retratar ese espacio juvenil y a sus personajes, dejando de lado los estereotipos. Y creo haberlas encontrado en un itinerario que incluye la discoteca y la bailanta, la cancha de fútbol, la cárcel, el colegio y la universidad, la fiscalía y la defensoría, la hamburguesería y la escena del crimen.

Luego de trabajar en el suplemento *Sí!* de *Clarín* y en la revista *Rolling Stone*, y de curtirme (porque esa es la palabra) como productor en la televisión con los programas *Forenses* y *Fiscales*, un reportaje sobre estos crímenes aparecía como lo más natural para conjugar en una misma zona dos caminos diferentes: el periodismo policial y lo que llamamos «periodismo de cultura joven». Esa zona de cruce es un observatorio: desde ahí se ve el carácter doble de estos casos. Doble porque sirve para pensar cuándo una costumbre colorida y juvenil se puede convertir en una tragedia o, por otro lado, cuándo un expediente judicial estandarizado y archivado al lado de otros cientos esconde en su lenguaje técnico, fastidioso y deficiente una historia particular que habla de hábitos juveniles actuales, repetidos quizás un millón de veces, pero nunca señalados con suficiente atención. Este libro, entonces, se encuentra en el cruce de dos caminos.

Sin embargo, no fue fácil dar con estas historias. Es verdad que la memoria del crimen está poblada de jóvenes que matan y de jóvenes que mueren, e incluso se atreven a protagonizar algunos de los episodios más resonantes: Cayetano Santos Godino —el Petiso Orejudo— tenía 16 años cuando fue detenido y acusado de la muerte de cua-

tro niños; y Robledo Puch —el Ángel de la Muerte, detenido y condenado por once homicidios— justificó su codicia diciendo: «Un pibe de 20 años no puede estar sin guita ni coche». En las noticias también hay, tristemente, jóvenes que mueren: Walter Bulacio (de 17 años) y Miguel Bru (de 23) fueron asesinados por agentes de la Policía Federal y de la bonaerense, respectivamente, y hoy son dos símbolos de una violencia extrema que recae con frecuencia sobre los pibes.

Pero si los crímenes del Petiso Orejudo contaban a la década de 1910, aquella de los inmigrantes, los conventillos y el positivismo criminológico (en el que los rasgos y las medidas corporales repercutían de manera directa sobre una sentencia); si los del Ángel de la Muerte hablaban de la clase media, exitista y consumista que crecía en paralelo a la efervescencia política de la década de 1970; y si los de Bulacio y Bru se dan en los años noventa, aún con prácticas policiales de la dictadura; entonces, ¿de qué tiempo hablarán los homicidios que se narran en este libro?

Insisto: es verdad que la memoria del crimen está cargada de jóvenes que matan y de jóvenes que mueren. Pero no suelen cruzarse en una misma escena. Por eso, cuando la mala suerte los vincula en una historia es evidente que esta servirá para iluminar —desde la tragedia— esa cultura juvenil. Y muchas veces, en este trabajo, esa cultura me era familiar. Será que estas crónicas refieren a toda una generación que, en términos prolongados, me incluye: los que nacimos en la década de 1980. A los protagonistas de estos relatos —los que matan, los que mueren— el rock y la cumbia los educan, el fútbol y los videojuegos los entretienen, los amigos los contienen, el trabajo los agobia y el es-



tudio les sirve como herramienta para desafiar al futuro. Muchos de ellos no miden sus acciones y pagan caro las consecuencias. Pero hay otros que, con energía y esperanza, están aquí para cambiar el mundo en el que viven.

El itinerario a recorrer se inicia en Villa Pueyrredón, un barrio residencial de la ciudad de Buenos Aires. En alguna de esas cuadras vive, todavía hoy, la Pimpollo. Tenía 17 años cuando se convirtió en el vértice de un triángulo en el que su novio le dio muerte a un chico con el que ella se veía. El crimen ocurrió dentro de la discoteca El Teatro, donde había más de mil personas bailando.

El segundo caso se da en el sur de la provincia de Buenos Aires, donde nace la Patagonia. De todos los casos del libro, la masacre de Carmen de Patagones es, probablemente, el que ha tenido más difusión. La historia responde a un patrón criminal que llegó del norte: Junior, un chico de 15 años, decide ir al colegio armado con una pistola y un cuchillo, tal vez influenciado por su mejor amigo. Cuando sale, ya ha matado a tres compañeros, herido gravemente a cinco y roto para siempre la vida serena de Carmen de Patagones.

Con la tercera historia se abren las puertas del universo tumbero, un universo que en la Argentina de los últimos años ganó cierta exposición mediática. La llave ahora es un diario íntimo en el que una adolescente confiesa el miedo que le da ser la autora de un homicidio.

En el siguiente caso la tragedia ocurre en la intimidad de una familia santiagueña asentada en la ciudad de La Plata. Aquí, dos primos de 22 años protagonizan un femicidio anunciado en un susurro, que solo detona en el último acto.

También en La Plata se desarrolla la historia del Hombre Araña. La televisión la contó sin ahorrarse detalles: un adolescente trepaba por los balcones para robar y violar y, luego de un raid aterrador, encontró su final cuando un policía no mucho mayor que él se despertó con los gritos que venían de la ventana de al lado y salió al balcón con el arma en la mano. Mientras los platenses debatían el caso en los medios y en las calles, en un barrio periférico y semi-rural una chica de 21 años estaba dispuesta a recordar a su hermano, al tiempo que se preguntaba qué lo había llevado a transformarse en la pesadilla de la ciudad.

El último episodio de esta investigación se da en la ciudad de Chascomús, donde un joven carismático y popular que ha cobrado una indemnización por un accidente es traicionado por sus amigos y asesinado en una situación extraña.

Los crímenes ocurren en contextos diferentes, en todos los niveles sociales: aquí el homicidio no es propiedad exclusiva de una clase, sino más bien una cuestión generacional. Y si no hay lugar para mirar a esta generación con ojos complacientes, tampoco lo hay para hacerlo con ojos condenatorios. Porque lo importante, apenas, es mirarla con claridad.